

voluntad en esta lucha por la existencia de las apercepciones, me la represento de este modo: la voluntad envía á los músculos de las arterias cerebrales impulsiones motoras (probablemente inconscientes); de aquí que los vasos sanguíneos se ensanchan ó se estrechan según sea necesario, y la afluencia de la sangre es más ó menos abundante ¹. Las células que no reciben sangre han de cesar en su trabajo; las que reciben una gran cantidad pueden por lo contrario funcionar más vigorosamente. La voluntad que bajo la impulsión de un grupo de apercepciones temporalmente predominantes, preside á esta distribución de la sangre, semeja pues á un criado ocupado constantemente en una habitación á encender, según las órdenes de su amo, aquí la llama del gas, allí á abrir más la llave, allá á bajar la luz ó á apagarla, de tal suerte que tal rincón de la habitación está alternativamente bien alumbrado, medio á obscuras ó en la sombra ². El predominio de un grupo de apercepciones no

¹ Es posible que no se trate de un ensanchamiento activo de los vasos sanguíneos, sino solamente de un estrechamiento; se ha negado en estos últimos tiempos (entre otros el doctor Morat, *La Semana Médica*, 1892, pág. 112) que haya nervios que dilaten los vasos. Pero en los dos casos el efecto sería el mismo; puesto que por el estrechamiento de los vasos de algunas partes del cerebro, la sangre lanzada sería empujada á las otras partes y éstas experimentarían una más fuerte afluencia de sangre, absolutamente como si los vasos de esta parte se hubieran activamente ensanchado.

² Cuando yo escribía estas líneas, estaba convencido que la teoría psicológica de la atención que está expuesta, nadie la había encontrado más que yo. Pero después de la publicación de este volumen he leído la obra de Alfredo Lehmann, *La Hipnosis y los estados normales que se relacionan con ella*, Leipzig, 1890, y he encontrado (pág. 27), con poca diferencia, palabra por palabra mi teoría. Lehmann la ha publicado pues dos años antes que yo, lo cual reconozco aquí lealmente. El hecho que hayamos coincidido en este punto, con independencia el uno del otro, atestiguaría que la hipótesis de las acciones reflejas vaso-motoras es plausible. Wundt (*Hipnotismo y Sugestión*, París, 1893; págs. 42-47) critica, es cierto, el trabajo de Lehmann, pero parece admitir esta hipótesis, que es también la mía; por lo menos no eleva contra ella ninguna objeción.

le permite sólo poner á su servicio, mientras dura su reinado, á las células cerebrales, sino al organismo entero, y no sólo reforzarse con ayuda de representaciones que evoca por la asociación de ideas, sino también buscar nuevas impresiones sensoriales y apartar otras, á fin de obtener por medio de las unas nuevas excitaciones favorables á su existencia, nuevas apercepciones primitivas, y de excluir por el apartamiento de las otras, las excitaciones que amenazan su existencia. Veo, por ejemplo, en la calle á un transeunte que por una razón cualquiera es capaz de excitar mi atención; la atención suprime inmediatamente todas las demás apercepciones que estaban todavía en mi conciencia, y deja sólo subsistir las que tienen al transeunte por objeto. Para reforzar estas apercepciones, le sigo con los ojos, es decir que los músculos ciliares, los músculos oculares y luego los músculos del cuello, quizá también los del tronco y de las piernas, reciben impulsiones motoras que no tienen otro objeto sino procurarme, en cuanto al objeto de mi atención, siempre nuevas impresiones sensoriales por las cuales las apercepciones que le conciernen se refuerzan y se aumentan continuamente. Las demás personas que durante este tiempo surgen en mi campo visual, no me fijo en ellas; los sonidos que llegan á mi oído no me hacen distraerme, quizá ni siquiera los oigo si mi atención es bastante fuerte; los oiría por lo contrario al instante, si procediesen del transeunte ó se refiriesen á él. Esta es la «adaptación del organismo entero á una idea predominante» de que habla M. Ribot; ésta es la que nos da el conocimiento exacto del mundo exterior; sin ella este conocimiento sería mucho más difícil de obtener y no pasaría de ser mucho más incompleto. Esta adaptación durará hasta que las células portadoras de las ideas predominantes se fatiguen, y entonces tendrán necesariamente que ceder su predominio á otros grupos de células, y éstos á su vez adquirirán el poder de adaptar el organismo á sus objetos.

Así pues, sólo por la atención, como lo hemos visto, es por lo que la facultad de asociación de ideas llega á ser una cualidad provechosa al organismo, y la atención no es otra cosa sino la facultad que posee la voluntad de determinar en la conciencia el acto de encender, el grado de claridad, la duración y la extinción de las representaciones. Cuanto más fuerte es la voluntad, tanto más completamente podemos adaptar nuestro organismo á una apercepción dada, tanto más podemos procurarnos impresiones sensoriales que sirvan para hacerlas más claras, atraer, por la asociación de ideas recuerdos que las completen y las rectifiquen, tanto más resueltamente suprimir las apercepciones que las perturban ó son extrañas á ellas; en una palabra, tanto más será extenso y exacto nuestro conocimiento de los fenómenos y de su verdadera relación.

La civilización, la supremacía sobre las fuerzas de la naturaleza, son únicamente el resultado de la atención; todos los errores, todas las supersticiones, consecuencia de su ausencia; las falsas ideas acerca de la relación de los fenómenos se originan en la observación defectuosa de éstos y una observación más exacta las rectifica. Ahora bien; observar no es otra cosa sino llevar intencionalmente al cerebro impresiones sensoriales determinadas y elevar por ende un grupo de apercepciones á una tal fuerza y claridad, que pueda adquirir en la conciencia el predominio, suscitar por la asociación de ideas los recuerdos que les son adecuados, suprimir los que son inconciliables con ellas. La observación, que es la base de todos los progresos, es pues la adaptación, mediante la atención, de los órganos de los sentidos y de sus centros de percepción, á una apercepción ó á un grupo de apercepciones predominantes en la conciencia.

El estado de atención no deja subsistir en la conciencia ninguna obscuridad; puesto que, ó bien la voluntad refuerza toda apercepción que venga á surgir hasta la

plena luz y la precisión, ó bien, si no lo puede hacer, la extingue por completo. La conciencia del hombre sano, dotado de voluntad enérgica y por ende capaz de atención, semeja á una habitación vivamente iluminada en la cual la vista percibe claramente todos los objetos, en donde todos los contornos son vistos con precisión y en donde por ninguna parte flotan sombras indecisas.

La atención tiene así pues como premisa una voluntad firme, y ésta, á su vez, es propia de un cerebro normalmente construido y no fatigado. El degenerado, cuyo cerebro y sistema nervioso se caracterizan por detenciones de desarrollo ó anomalías congénitas, el histérico, en el cual hemos reconocido á un agotado, carecen en absoluto de voluntad ó no la poseen sino en un grado disminuído. La consecuencia de la debilidad ó de la falta de voluntad es la incapacidad de atención. Alejandro Starr ha publicado veintitrés casos de lesiones ó afecciones de los lóbulos frontales del cerebro en los cuales era «imposible (á los enfermos) fijar su atención»¹, y M. Ribot advierte: «El hombre fatigado por una larga marcha..., el convaleciente que sale de una grave enfermedad, en una palabra, todos los debilitados, son incapaces de atención... Esta impotencia coincide, en suma, con todas las formas de agotamiento»².

La actividad cerebral de los degenerados y de los histéricos, no vigilada ni guiada por la atención, es caprichosa, desprovista de plan y de objeto; las representaciones son llamadas á la conciencia por el juego de asociación de ideas ilimitadas y pueden flotar en ella con toda libertad; se encienden y se extinguen automáticamente, y la voluntad no interviene para reforzarlas ó suprimirlas. Al lado una de otra, surgen representaciones

¹ *Brain*, Enero 1886. Citado por T. Ribot, *Psicología de la atención*, pág. 68.

² T. Ribot, *op. cit.*, págs. 106 y 110.

que son extrañas la una para la otra ó se excluyen mutuamente; como están contenidas en la conciencia simultáneamente y con la misma intensidad poco más ó menos, la conciencia, conforme á la ley de su actividad, las reúne en una idea que, necesariamente, es absurda y no puede expresar las relaciones reales de los fenómenos.

La falta ó la debilidad de atención conduce pues en primer lugar, á formar falsos juicios sobre el universo, sobre las cualidades de las cosas y sus relaciones entre ellas. La conciencia obtiene una imagen desfigurada y vaga del mundo exterior; pero hay una segunda consecuencia: el curso caótico de las excitaciones á lo largo de las vías de la asociación de ideas y de los tejidos anatómicos próximos suscita la actividad de grupos celulares próximos, más alejados y muy alejados, que quedan abandonados á sí mismos y no trabajan sino por tanto tiempo, tan vigorosamente ó tan débilmente, como tienen que trabajar para responder al grado de intensidad de la excitación que les ha herido. Se originan en la conciencia apercepciones claras, más oscuras y muy oscuras, que desaparecen al cabo de algún tiempo, sin haber sido iluminadas más allá de sus grados primitivos de claridad; las apercepciones claras dan en verdad una idea, pero no puede ser ni por un instante una idea fija y clara, porque con las apercepciones claras que la componen se mezclan otras que la conciencia no percibe sino indistintamente ó no percibe ya en absoluto. Tales apercepciones semi-oscuras surgen también en el hombre sano por debajo de los umbrales de la conciencia; pero la atención interviene en seguida para iluminarlas completamente ó para suprimirlas; éstos á modo de acordes harmónicos que acompañan á toda idea no pueden pues falsear la nota fundamental; los espectros de ideas que surgen no son capaces de ejercer influjo sobre el pensamiento porque la atención ó bien los ilumina vivamente el semblante, ó bien los hunde en el subterráneo de lo inconsciente.

Lo contrario acontece en el degenerado y el agotado que padecen debilidad de voluntad y defecto de atención; las representaciones—fronterizas desdibujadas, apenas posibles de reconocer, son percibidas al mismo tiempo que las apercepciones centrales bien iluminadas; el juicio se convierte en vacilante y fugitivo como las brumas que disipa el viento de la mañana; la conciencia que apercibe las representaciones-fronterizas espectralmente transparentes, informes, trata en vano de penetrarlas y las interpreta sin seguridad, como se atribuye á los contornos de las nubes semejanzas con las cosas ó los seres. Los que, en una noche oscura, han tratado de distinguir los objetos en el lejano horizonte, pueden formarse una idea del cuadro que ofrece el mundo intelectual de un debilitado. Ved, allí, aquella masa sombría: ¿qué es? ¿un árbol? ¿un molino? ¿un bandolero? ¿una fiera? ¿hay que huir? ¿hay que correr á su encuentro? La imposibilidad de distinguir el objeto que más bien se sospecha que se divisa, llena de turbación y de angustia. Ese es también el estado de alma del débil de voluntad frente á sus representaciones-fronterizas; cree ver en ellas cien cosas á la vez, y pone todas las formas que se figura distinguir en relación con la apercepción principal que las ha provocado; pero tiene perfectamente la impresión que esta relación es inconcebible é inexplicable; reúne apercepciones de una idea que está en contradicción con todas las experiencias, á la cual tiene no obstante que conceder el mismo valor que á todas sus demás ideas y á sus demás juicios, porque se origina del mismo modo que éstos. Y si quiere darse cuenta á sí mismo de lo que contiene su juicio, de qué apercepciones particulares se compone, echa de ver que estas apercepciones no son en realidad tales, sino sombras imposibles de conocer de apercepciones á las cuales trata en vano de dar un nombre. Este estado de espíritu en el cual se esfuerza uno por ver y en el que cree ver, pero en el que no ve; en el cual se han de formar ideas

con ayuda de apercepciones que engañan y juegan con la conciencia al modo de los fuegos fátuos ó de los vapores que se ciernen sobre los pantanos; en el cual se imagina uno percibir entre fenómenos claros y precisos y sombras ambiguas é informes relaciones que es imposible seguir—este estado de espíritu es lo que se llama el misticismo.

Al pensamiento nebuloso del místico corresponde su manera indecisa de expresarse. La palabra, aun la más abstracta, corresponde á una representación concreta ó á una noción formada por las cualidades comunes á diferentes representaciones semejantes, que continúa á revelar su origen concreto. Para lo que se cree ver cómo á través de una neblina, sin forma susceptible de ser reconocida, ninguna lengua tiene palabra; pero el místico, él, tiene en su conciencia semejantes representaciones espectrales sin contornos y sin otras cualidades, y emplea para expresarlas, ó bien palabras conocidas á las cuales da un sentido completamente distinto del sentido familiar para todos, ó siente la insuficiencia del vocabulario creado por las gentes sanas y se forja palabras nuevas, especiales, enteramente incomprensibles para cualquiera otro, y de las cuales él sólo conoce el sentido nebulosamente caótico, ó en fin, incorpora las diferentes interpretaciones que da á sus representaciones informes en otras tantas palabras, y produce entonces esas yuxtaposiciones que dejan estupefacto, de expresiones que se excluyen las unas á las otras, que no pueden razonablemente estar unidas de ningún modo y que son tan características del místico. Habla entonces, como los místicos alemanes de los siglos xvii y xviii, del «fuego frío», del infierno y de la «luz oscura» de Satán, ó bien dice, como el degenerado de la 28ª observación de Legrain, que «Dios se le aparece bajo la forma de sombras luminosas»¹, ó bien observa,

¹ Legrain, *op. cit.*, pág. 177.

como otro enfermo del mismo: «me ha procurado usted una velada inmutable»¹.

El lector ó el auditor sano, que tiene confianza en su propio juicio y examina las cosas con plena claridad é independencia, reconoce naturalmente en seguida que las expresiones místicas están desprovistas de sentido y no reflejan sino el pensamiento confuso del místico. Pero la mayoría de los hombres no tienen ni confianza en sí mismos ni capacidad de juicio y no pueden desprenderse de la inclinación natural que se tiene de enlazar cada palabra á un sentido. Ahora bien; como las palabras del místico no tienen por sí mismas ó por su yuxtaposición, ningún sentido determinado, se les da uno arbitrariamente y se hace entrar en ellas un sentido misterioso. De esta manera, el efecto del modo de expresión místico sobre las gentes que es fácil dejar asombradas, es extraordinariamente fuerte; les hace pensar, como dicen, es decir que les permite entregarse á todos los ensueños posibles, lo cual es mucho más cómodo, y por consiguiente más agradable, que seguir penosamente apercepciones é ideas de contornos firmemente dibujados que no permiten ni di-

¹ Legrain, *op. cit.*, p. 156.—En el capítulo que tratará de los neomísticos franceses, reuniré un ramillete de semejantes asociaciones de expresiones incoherentes ó que se excluyen las unas á las otras y que tienen completa analogía con la manera de hablar de los locos declarados citados por Legrain. Reproduzcamos tan sólo aquí un trozo de la *Novela rusa* (París, 1888), del vizconde E. M. de Vogüé, en el cual este escritor místico caracteriza por modo excelente, inconscientemente y sin quererlo, pero al mismo tiempo alaba la nebulosidad y el vacío del estilo místico. «Tienen un rasgo común (determinados escritores rusos)...: el arte de suscitar con una línea, una palabra, resonancias infinitas, series de sentimientos y de ideas... Las palabras que se leen en aquel papel, parece que no están escritas en longitud, sino en profundidad; arrastran en pos de ellas sordas repercusiones que van á perderse no se sabe adónde» (P. 215). Y p. 227: «Ven las cosas y las figuras en el día gris de la alborada; los contornos, poco fijos, acaban en un algo posible confuso y nebuloso».

gresiones ni salirse fuera de la realidad ¹. El modo de expresión del místico transporta el espíritu de estas gentes en el estado de actividad intelectual determinado por la sola asociación de ideas sin freno, peculiar del místico; suscita también en ellas las representaciones-fronterizas ambiguas é imposibles de expresar, y les procura el presentimiento de las relaciones las más extrañas, las más imposibles de las cosas entre ellas. El místico parece «profundo» por esta razón á todos los imbéciles, y este epíteto, gracias al sentido que ha tomado en sus labios, ha llegado á ser casi ofensivo. Realmente profundos son sólo los espíritus excepcionalmente vigorosos que pueden someter su actividad intelectual á la disciplina de una atención singularmente poderosa; espíritus de esta índole son capaces de utilizar la asociación de ideas de la manera más perfecta, de dar la mayor claridad y la mayor penetración á todas las representaciones que aquélla lleva á la conciencia, de suprimirlas segura y rápidamente si no se concuerdan entre ellas, de crearse nuevas impresiones sensoriales si son necesarias para hacer todavía más vivas y más precisas las ideas y juicios que justamente predominan en ellos; tales espíritus obtienen de este modo un cuadro del mundo de una incomparable luminosidad, y descubren entre los fenómenos relaciones reales que permanecen necesariamente ocultas para una atención más débil. Esta profundidad real de los espíritus extraordinariamente vigorosos es claridad toda ella; disipa las sombras de los rincones ocultos é ilumina los abismos con sus rayos de luz. La profundidad aparente del místico es por

¹ Es cierto que él (lo bello) no tiene nunca tantos atractivos para nosotros como cuando lo leemos atentamente en una lengua que sólo entendemos á medias.... El equívoco, la incertidumbre, es decir la flexibilidad de las palabras, es una de sus grandes ventajas y es lo que permite hacer un uso exacto de ellas (11). Joubert, citado por Charles Morice, *La Literatura de ahora*. París, 1889, página 171.

lo contrario pura obscuridad; hace parecer las cosas profundas valiéndose de los mismos medios que la noche: haciendo que no se divisen sus contornos. El místico disuelve el diseño fijo de los fenómenos, extiende un velo sobre ellos y los envuelve en un vapor azul; enturbia lo que es claro y vuelve opaco lo que es transparente, como la tinta de la jibia enturbia las aguas del Océano. Aquellos pues, que ven el mundo á través de los ojos del místico, sumen la mirada en una masa negra ondulante en la cual pueden hallar todo lo que quieran, aunque en realidad nada perciben, y precisamente porque nada perciben. Para los imbéciles, todo lo que es claro, firmemente trazado, y que no admite por esta razón más que una sola interpretación, es vulgar y pedestre; consideran como profundo todo lo que no tiene ningún sentido y puede, por consiguiente, recibir todas las interpretaciones imaginables; el análisis matemático es para ellos pedestre, la teología y la metafísica son profundas; pedestre es el derecho romano, profundas son la Llave de los sueños y las profecías de Nostradamus. Las figuras que aparecen la noche de San Silvestre, en el plomo fundido en que las gentes sencillas pretenden leer el porvenir, serían los símbolos exactos de su profundidad.

El contenido del pensamiento místico está determinado por el carácter y el grado de cultura del degenerado y del histérico. No se ha de olvidar nunca, con efecto, que el cerebro patológicamente alterado ó agotado es sencillamente un medio de cultura sembrado por la educación, la instrucción, las impresiones y las experiencias de la vida, etc. Los granos de siembra no nacen en él, reciben tan sólo en él y mediante él sus detenciones de desarrollo, sus encanijamientos, deformaciones y retoños locos especiales. El naturalista que pierde la facultad de la atención, se convierte en un «filósofo de la naturaleza» ó en un inventor del espacio de cuatro dimensiones, como el infortunado Zoellner; el hombre grosero é ignorante

de las bajas capas populares cae en la superstición más salvaje; el místico educado religiosamente y nutrido de dogmas refiere sus representaciones nebulosas á las cosas de la fe y las interpreta como revelaciones sobre la naturaleza de la Santísima Trinidad ó sobre la vida antes del nacimiento y después de la muerte; el ingeniero presa del misticismo se extenua buscando invenciones imposibles, cree estar sobre la pista de la solución del problema del movimiento continuo, imagina comunicaciones entre la tierra y los astros, pozos que conducen al núcleo incandescente de nuestro globo, etc.; el astrónomo se convierte en astrólogo, el químico en alquimista y buscador de la piedra filosofal, el matemático trabaja en la demostración de la cuadratura del círculo ó en el descubrimiento de un sistema en el cual la idea del progreso se expresa por un cálculo integral y la guerra de 1870 por una ecuación.

Como más arriba lo hemos explicado, la corteza cerebral recibe sus excitaciones no sólo de los nervios periféricos, sino también de las profundidades del organismo, de los nervios, de los órganos y de los centros nerviosos de la medula espinal y del gran simpático. Cada estado de excitación en estos centros, influye sobre las células cerebrales y suscita en ellas apercpciones más ó menos claras que se relacionan necesariamente con la actividad de los centros de los cuales emana la excitación. Unos cuantos ejemplos harán esto perfectamente claro para los profanos: si el organismo experimenta la necesidad del alimento, es decir si sentimos hambre, no solamente tenemos conciencia en general de un deseo obscuro de alimento, sino que también se originan en nuestro espíritu representaciones determinadas de manjares, de mesas puestas con todos los accesorios obligados en las comidas. Si por una razón cualquiera, quizás á causa de una enfermedad del corazón ó de los pulmones, no podemos respirar á gusto, no sólo sentimos una ansia de

aire, sino que también tenemos representaciones secundarias de naturaleza ansiosa, presentimientos de peligros de clase desconocida, reminiscencias melancólicas, etc.; es decir representaciones de fenómenos que ordinariamente detienen ó entorpecen la respiración. En el sueño también las excitaciones orgánicas ejercen esta influencia sobre la corteza cerebral, y á ellas debemos los sueños somáticos, es decir los que se refieren á la actividad de los órganos que se encuentran precisamente en un estado anormal.

Ahora bien: sabemos que ciertos centros nerviosos orgánicos, singularmente los centros sexuales en la medula espinal y la medula oblonga, están en los degenerados frecuentemente mal formados ó patológicamente sobreexcitados. Las excitaciones que de ellos parten suscitan por consiguiente, en el cerebro de un degenerado de esta clase, apercpciones en relaciones íntimas ó lejanas con la sexualidad, y estas apercpciones son duraderas, porque duraderos igualmente son los estados de excitación que las ocasionan. En la conciencia de un degenerado semejante subsisten pues constantemente, al lado de las otras apercpciones que suscitan las excitaciones mudables del mundo exterior, apercpciones del dominio de la sexualidad, y el degenerado liga á cada impresión que recibe de los seres y de las cosas, ideas eróticas. De este modo llega á sospechar relaciones misteriosas entre todos los fenómenos posibles de la realidad, entre un tren del camino de hierro, el título de un periódico, un piano, etc., y la mujer, y experimenta, á consecuencia de vistas, de palabras, de olores que no producen esta impresión sobre ningún hombre sano, excitaciones de naturaleza erótica que relaciona con propiedades desconocidas de estas vistas, de estas palabras, de estos olores. Ocurre así que el misticismo tiene, en la mayor parte de los casos, un tinte erótico perfectamente claro, y el místico, al interpretar